

BRUJOLANDIA

Un cuento serrano

Me piden mis paisanos que escriba algo para el programa de fiestas de mi pueblo y no sé negarme.

Se me ocurre escribir sobre algo de brujas, que dicen que por allí ocurría, en los tiempos de Maricastaña, y que como consecuencia de ello todavía llevamos arrastras las cadenas.

Brujolandia llamaban a cierta zona de la Sierra de Albarracín, y allí vivía Corrupia, que fue bruja desde bien muchacha.

La cosa se sabía bien en Jabaloyas, centro neurálgico del ocultismo, donde a menudo acudían las brujas de Valdecuenca, Saldón y Bezas.

Jabaloyas, importante lugar fronterizo. Singular torre castillo, imponente iglesia, muy frecuentada, pero jamás profanada por aquellas sílfides serranas. Tenía también la casa de brujas, llamada así más por sospechas y agüelorias que por actividad real del paladín que la habitaba.

En la cima del Cerro Jabalón tenían su Santuario estas recatadas ninfas de los aires serranos, pero pocas veces subían, tenían malas vías de comunicación y rudimentarios medios de transporte, ahora llaman infraestructuras, pero alguna vez subían, a hacer sus exculpaciones y lavatorios si se sentían aturcidas y humilladas por los frecuentes infortunios, desatenciones y hasta males de ojo. y allá arriba, las brujas de Brujolandia se consolaban y hacían caprichosos sortilegios, por si acaso.

Corrupia, llamada cariñosamente Zurrupia, gozquetilla y traviesa, tenía su propia escoba, vieja y desgredada, que tanto le servía para recoger los esturrucias que hacía, como de iniciación en las artes de la campaña brujeil, cuando subían al Cerro Jabalón, y siempre bajaba descalabrada.

Cuando Corrupia dejó los sayalejos de su larga infancia, se apañó con un brujo cojo del Campillo, sastre remendón, algo soñador, vendedor de piñas y de escobas en los ratos libres, al que conoció en unas fiestas de Bezas, en un modesto aquelarre, peña que celebraron en un viejo pajar del Caloncho.

A Brujolandia llegaron tiempos de bonanza, y crecieron y se multiplicaron, igual que las ancas de rana cuando los esponsales de Corrupia, que se celebraron en el inmenso valle de la laguna de Bezas, cuando al agotarse las existencias de la laguna por la gran afluencia de brujas, fue preciso invocar la ayuda del todopoderoso brujo, mago y milagrero de la corte superior central, a quien, por cierto, apodaban cariñosamente el Pachón, tal era su cara de bondad, que se desplazó a la laguna de Bezas, en velocísima escoba bicéfala, con cambio de humos, aires y marcha atrás automática,

A Corrupia le encantaba disfrutar de la pujanza de Brujolandia y acudía a las fiestas y aquelarres, siempre en compañía del sastre del Campillo con sus escobas y piñas a cuestras, con sus dedales y sus agujas, presto siempre a echar un zurcido en cualquier roto.

Salían aquellas brujas del Cerro Jabalón, en un salto a San Ginés y en otro a las frescas cumbres del Jabalambre, donde retozaban; ya la Peña Palomera, y por las Sierras de Cucalón al Moncayo, punto de reunión para descender en nube y estruendo de risas y alegría a Trasmoz, gran templo de los rituales.

Grandes emociones y gozos, contemplar desde el aire tan ricos valles y montes donde bullía la vida apegada a la tierra, de los que no podían volar; territorio inmenso mantenido con la ilusión, cruzado solo por trochas y caminos de mala muerte.

¡Qué distinto, pensaba Corrupia en su renqueante escoba, con las de Roncesvalles, del Levante, de Finisterre, con sus escobas de último modelo, con sus vías galácticas marcadas...!

Claro, poco esperaban de los miopes y escobicortos brujos del incipiente Reino de Aragón, siempre igual, a la sopa boba, y para ellas, escobas de segunda mano, cansadas de transportar a otras brujas casquivanas y hasta en porretas. y el caso es que a Brujolandia no le salía barato, pues tenían que pagar una considerable cantidad de colas de regatesna, cabezas de ardacho y ancas de sapo monterón, que el poder central pedía. Pero que, si quieres arroz Catalina, y más de una vez Corrupia tuvo que llevar al sastre del Campillo a carramanchones de vuelta a casa.

Contaban de aquellas pobres brujas, pero no se sabe de cierto, que en uno de sus aquelarres de negocios y tratos habidos con el brujo jefe central de medios de comunicación, vías y escobas, trochas y veredas, al que a punto estuvieran de recibir a escobazos; obsequiado generosamente que fue, tras las copiosas libaciones del licor que tanto le gustaba, eructó varias veces y en distintas tonalidades; y al terminar la fiesta a la que fue invitado, desapareció veloz impelido por la reacción de un gordísimo pedo.

Existe el país de Brujolandia. Pero sus hacendosas y maltrechas brujas andan descarriadas por ahí como rebaño sin pastor. y debe ser cierto. y será difícil atraerlas al redil. No se puede con estos artilugios,

Julián Sánchez